

T

TERÁN, JUAN BENJAMÍN



TERÁN, JUAN BENJAMÍN

Nombre: Juan Benjamín Terán

Nacimiento: 26 de diciembre de 1880, San Miguel de Tucumán

Fallecimiento: 8 de diciembre de 1938, Buenos Aires

Trayectoria: historiador, educador, escritor, político. Se graduó en Derecho en la Universidad de Buenos Aires. Fue no de los principales miembros que dio origen y fundó la Universidad Nacional de Tucumán en 1914 siendo Rector de la misma durante quince años (1914-1929). Conocido especialmente por sus estudios sobre el descubrimiento de América, colonización y ulteriores procesos históricos en el seno del continente. También trabajó como periodista. Fundó, en colaboración, la Revista Jurídica de Buenos Aires. Cabe destacar su obra dedicada a la infancia “Voces Campesinas” publicada por primera vez en 1925 en Buenos Aires.

T

La leyenda de la luciérnaga

Una moza y la abuela velan en la cabaña.

Dice la moza, tomando entre sus dedos una luciérnaga y poniéndola de espaldas sobre la mesa:

–Tucu-tucu, ¿dónde está mi amado?

El insecto contorneóse sobre su cintura, dio un brinco y enderezóse mirando hacia el naciente.

–Abuela –dijo la joven–, Juan no ha llegado todavía a Santiago.

¿Qué le habrá pasado? El *tucu* ha mirado al naciente.

–¿Sabes, hijita –contestó la abuela– de dónde viene el *tucu* y por qué anuncia el paradero del novio?

Es un cuento muy antiguo. El *tucu* nació de los ojos de una moza que murió en el monte. Era una muchacha morena muy donosa, de ojos verdes, a quien cortejaba un joven campesino, que para vencer su esquizofrenia buscó la intervención de una hechicera.

La hechicera la atrajo en una noche de luna con las añagazas de su arte, hacia lo más escondido de la selva, donde el pretendiente la esperaba.

La bruja cumplió su promesa y el joven en su deseo, pero la niña de los ojos verdes yacía entre los brazos de su amante, más hermosa que nunca bajo la luz de la luna, pero muerta.

Y concluyó el relato así: –De los verdes ojos de la niña se desprendieron dos lucecitas con alas, y volaron bajo la luna. Así aparecieron las primeras luciérnagas en la tierra.

Desde entonces, se encienden cada noche los ojos de la amada en forma de luciérnagas, y errantes, buscan desatinadas y taciturnas, a quien por amarla la mató.

–¿No te has fijado –terminó la abuela– que la luz del *tucu* tiene el color del bosque en la noche de luna, pálida y verde, y se parece al mirar de una mujer enamorada y triste?

La nube y la roca

–Desde que cantas al despeñarte. –dijo la roca al torrente– desnudo mi flanco y te abro mi corazón.
Desde entonces el torrente guarda en su seno recuerdos sacados de la intimidad de la roca.
Otro día, disfrazado de nube, vuelve el torrente para besar la roca.
Esta la reconoce y le dice: Cuéntame el cuento del océano remoto.
En respuesta, la nube se hace ola y rueda de nuevo repitiendo su canto.
Al llegar al llano recuerda la serenidad de la roca, sosiega su paso y, pintada en su cristal, lleva hasta el mar la imagen del cielo.
Y así, eternamente, peregrina el agua de la montaña al mar.
Va hacia el mar con el mensaje del ascetismo contemplativo de la roca y vuelve hacia ésta con el mensaje de rumores y de música de las olas que nunca verá.

El trigal y el camino

–Adiós, hermano camino. Pronto mis espigas crujirán sobre tu lomo paciente. Pues eres útil, tu fealdad es digna de perdón.
Y se mecía en elegante vaivén.
–Me desdeñas y sólo eres un hermano herido por el arado – dijo el camino.
Eres opulento, pero esclavo. Morirás donde has nacido. Tu cuna es tu sepulcro. Cuanto más te yergues más lo cavas.
Yo moriré, en cambio, muy lejos de donde nací, porque no me esclaviza la riqueza. En verdad, no sé dónde ha de ser, porque todos los días se prolonga mi vida.
El orgullo te viene de conocer un paisaje del mundo y estar incluido en él. Es el destino de tu inmovilidad.
Por eso no comprendes mi tesoro, que es el de poder desfilas delante de todos los paisajes, sin pertenecer a ninguno.
La música de la brisa lisonjeaba las espigas, grávidas de oro, e impedía al trigal escuchar la respuesta.